

William Somerset Maugham

En un biombo chino

Viaje por la cuenca del río Yangzi



Los largos inviernos de 1919 y 1920 fueron el marco en el que se desarrolló el viaje que William Somerset Maugham emprendió por la cuenca del río Yangzi. Más interesado en las gentes que iba encontrando a su paso que en los lugares que visitaba, dio rienda suelta a una naturaleza filosófica y sensible.

«En un biombo chino» es la refinada acumulación de los incontables pedazos de papel en los que fue tomando notas a lo largo de su periplo por China. Hilados finamente con la sabia ironía de Somerset Maugham, constituyen un conjunto poliédrico de perspicaces esbozos del comportamiento occidental perdido en la rica e inmensa civilización china. Enclaustrados en las estrechas fronteras de su pequeña parcela colonial, misioneros, cónsules, oficiales del ejército y representantes de empresas, se ven aquí amablemente ridiculizados en la medida en que se empeñan en seguir viviendo, inconscientemente, según los patrones marcados por Occidente.

1

Se alza el telón

Llega uno hasta las hileras de casuchas que, a uno y otro lado del camino, conducen a las puertas de la ciudad. Son de adobe reseco, y se hallan tan deterioradas que uno tiene la sensación de que un simple soplo de viento las derribará sobre la tierra polvorienta de la que se han levantado. Una hilera de camellos cargados hasta los topes pasa con manifiesta fatiga. Tienen un aire de desdén parecido al de los especuladores que se han visto conminados a atravesar un mundo en el que son muchas las personas que no disfrutan de tanta riqueza como ellos. Un gentío de personas vestidas con andrajos azules se congrega en torno al portón, aunque se dispersa cuando un joven con gorra puntiaguda pasa al galope sobre un caballejo mongol. Una banda de chiquillos persigue a un perro cojo. Le arrojan pedazos de barro seco. Dos robustos caballeros de largas túnicas negras, de seda recamada, con sendas chaquetas de seda por encima, permanecen conversando como si nada sucediera. Los dos portan un palo, posado en el cual, con un cordel sujeto a la pata, descansa un pájaro. Han sacado a sus animalillos a tomar el fresco; amistosos los dos, comentan sus respectivos méritos. De vez en cuando, los pájaros aletean

lo que da de sí la longitud del cordel y vuelven enseguida a posarse en la percha improvisada. Los dos caballeros chinos, muy sonrientes, los miran con ojos empañados por el afecto. Unos rudos muchachos gritan al forastero con voces agudas y burlonas. La muralla de la ciudad, desmoronadiza y antigua, almenada, parece la muralla de una vieja estampa que representase una ciudadela palestina tomada por los Cruzados.

Uno atraviesa el portón y accede a una estrecha calleja que jalonan muchas tiendas, las más con elegantes enrejados y rótulos vistosos en rojo y oro, elaborados relieves, que tienen una peculiar magnificencia en ruinas. Se imagina uno que en sus recónditos rincones se vende toda suerte de mercaderías extrañas, como corresponde al fabuloso Oriente. Por la acera estrecha y desigual, o por la calzada incrustada a un nivel inferior, aparece una densa multitud; los culis, con su pesada carga, piden paso a voz en cuello, con gritos breves y penetrantes. Los vendedores ambulantes pregonan sus mercancías con voces guturales.

A paso comedido, tirado por una mula lustrosa, aparece un carro pequinés. Lleva una capota azul brillante, y las ruedas y los radios, adornados con abundantes clavos. El cochero va sentado en una pértiga con las piernas colgando en el aire. Atardece, se pone el sol rojo tras el tejado amarillo, empinado, fantástico, de un templo. El carro pequinés, con la persiana bajada, pasa en silencio. Uno se pregunta quién transita en él con las piernas cruzadas. Tal vez sea un erudito, con toda la sabiduría de los clásicos en las yemas de los dedos, que acude a visitar a un amigo con el que habrá de intercambiar complicados cumplidos y charlar acerca de la edad de oro de los Tang y los Song, que ya no debe volver; tal vez sea una cantante ataviada con espléndidas sederías y un abrigo bellamente recamado, con adornos de jade en el cabello negro, citada a una fiesta en la que debe actuar e intercambiar palabras elegantes con algunos jovenzuelos suficientemente cultos para apreciar su

ingenio. El carro pequinés desaparece en la oscuridad creciente: parece llevarse todos los misterios de Oriente.

2

El salón de mi dama

—De veras creo que algo podré sacar en claro —dijo ella.

Miró en derredor con aire de eficacia, y la luz de la imaginación creadora inundó sus ojos de brillantez.

Era un templo antiguo, pequeño, en el centro de la ciudad. Ella lo estaba convirtiendo en su residencia. En origen fue construido para un monje muy venerado como obsequio por parte de sus admiradores, tres siglos antes, y allí mismo, con gran piedad, dedicado a la práctica de innumerables austeridades, pasó sus años de declive. Durante mucho tiempo después, en recuerdo de su virtud, los fieles acudieron en actitud de adoración; a su debido tiempo, cómo no, el edificio cayó en desuso y a la postre los dos o tres monjes que aún residían allí se vieron forzados al desahucio. Era un edificio castigado por el tiempo; las tejas de cerámica verde estaban plagadas de malas hierbas. El techo mismo, con sus vigas, era aún de gran belleza, con sus dragones de oro desvaídos sobre un rojo poco menos que inapreciable, pero a ella no le agradaba el techo oscuro, de modo que tendió unos lienzos de parte a parte y procedió a empapelarlo. Como necesitaba aire y sol, abrió dos grandes ventanales en un lateral. Por fortuna, conserva-

ba unos cortinajes azules que eran del tamaño apropiado. El azul era su color predilecto: resaltaba el color de sus ojos. Como las columnas, grandes y recias columnas rojas, le causaban una cierta opresión, las empapeló francamente bien con un papel que ni siquiera parecía chino. También tuvo suerte con el papel de las paredes. Lo adquirió en un establecimiento chino, pero de veras daba la sensación de que fuera importado de Sandersons; era de unas franjas rosadas muy agradables de ver, y daba al interior un ambiente muy acogedor a la vez que animado. Al fondo se abría una hornacina en la que hubo en tiempos una gran mesa lacada y una efigie del Buda sumido en su eterna meditación. Generaciones de creyentes prendieron allí delante sus candelas y se postraron a orar, unos en busca de tal o cual beneficio temporal, otros por la liberación del retorno a una existencia terrena. Ese le pareció el lugar idóneo para colocar una estufa americana. Se vio obligada a comprar la alfombra en China, aunque logró encontrar una que parecía de Axminster, hasta el punto de que no se notaba la diferencia. Claro es que, como estaba trenzada a mano, carecía de la lisura propia de esas alfombras inglesas, pero era sin duda un sustituto más que decente. Logró comprar también un buen lote de muebles a un miembro de la Legación que abandonaba el país, pues se le había adjudicado un puesto en la Embajada de Roma, y encontró también un *chintz* brillante en Shanghai para hacer unas fundas. Por fortuna, poseía unos cuantos cuadros, regalos de boda y algunos más comprados por ella misma, pues era de inclinación muy artística. Con ellos, dio a la sala un aire muy confortable. Necesitaba un biombo, y no encontró por aquí ni por allá lo que buscaba, de modo que se conformó con un biombo chino, aunque, como ella misma dijo con gran inteligencia, es perfectamente posible poner un biombo chino en el salón de una casa en Inglaterra. Poseía muchas fotografías en marcos de plata, una de ellas de la princesa de Schleswig-Holstein, otra de la reina de Suecia, dedicadas y

firmadas las dos. Las puso sobre el piano de cola para dar a la estancia la sensación de que estaba vivida y disfrutada. Cuando terminó, contempló su obra con satisfacción.

—Pues claro que no recuerda a un salón de Londres —dijo—, pero bien podría ser un salón en algún amable rincón de Inglaterra, digamos que en Cheltenham o en Tunbridge Wells.

3

El jefe de los mongoles

Sabe el Cielo desde qué misteriosa distancia provenía. Recorrió a caballo la tortuosa senda que desciende desde las altas mesetas de Mongolia y salva las cordilleras pétreas, yermas, inaccesibles, que se extienden por doquier y forman una barrera impenetrable; pasó a caballo por delante del templo que custodía el paso hasta bajar al lecho del viejo río, la puerta de entrada a China. El río quedaba encajonado por los cerros brillantes al sol de la mañana, pintado de nítidas sombras. Transitó por el camino desigual que ha formado en ese terreno de piedras el tráfico de los siglos sucesivos. Era el aire claro y cortante, el cielo azul. Durante el año entero, del alba hasta la puesta del sol, por allí pasaba una riada incesante, camellos, caravanas que traían los adoquines de té prensado desde Urga, a mil kilómetros de distancia, y que llegaban hasta Siberia, largas hileras de carretas arrastradas por plácidos bueyes, carromatos más pequeños, de a dos y de a tres, tirados por robustos caballos de escasa alzada; en dirección contraria se adentraban en China de nuevo caravanas de camellos que llevaban pieles a los mercados de Pekín, largas procesiones de carretas. De vez en cuando pasaba una manada de caballos, otras veces

rebaños de cabras. Sus ojos no descansaban en la variedad de la escena. Parecía no tomar nota siquiera de que otros transitaban por el mismo paso. Lo acompañaban sus secuaces, unos seis o siete, cierto es que un tanto achacosos, vestidos con andrajos, pero con aire truculento. Caminaban como una recua de haraganes. Él iba vestido con casaca de seda negra y pantalones de seda negra metidos por dentro de las altas botas de montar, tocado con el gorro alto de marta cibelina propio de su tierra. Iba muy erguido, siempre por delante de sus secuaces, orgulloso; cuando montaba con la cabeza bien alta y la mirada firme, uno se preguntaba si había dado en pensar que por ese mismo paso, antaño, sus ancestros habían cabalgado para descender sobre las fértiles llanuras de China y darse al pillaje en sus ricas ciudades.

4

El canto rodado

Oí esta historia extraordinaria antes de verlo, de modo que contaba con ver a alguien de apariencia asombrosa. Se me antojó que todo el que hubiera vivido tan singulares experiencias sin duda tendría en su presencia externa algo extraordinario. En cambio, descubrí a una persona en cuya apariencia no había nada digno de llamar la atención. Era más bajo que la media, algo frágil, curtido por el sol, con un cabello que le empezaba a encanecer aun sin haber cumplido los treinta años, y ojos castaños claros. Tenía una pinta tan anodina como la de cualquier otro; era posible verlo incluso media docena de veces antes de recordar a las claras de quién se trataba. Si se tropezaba con él ante el mostrador de unos grandes almacenes o en uno de los taburetes del despacho donde atendía el corredor de comercio, cualquiera hubiese dicho que estaba justamente en su lugar. Uno se hubiera fijado en él tan poco como en el mostrador o el taburete. Era tan poco lo que en él llamaba la atención que al final resultaba intrigante: su cara, carente de significado, recordaba a la tapia encalada de un palacete manchú, en una sórdida calleja, tras la cual uno supiera que se

extendían los patios decorados, los dragones labrados en la piedra, sabe el cielo qué sutilezas intrincadas de la vida.

Y es que toda su trayectoria era notabilísima. Hijo de un cirujano veterinario, había sido reportero en los tribunales londinenses y luego se inscribió como camarero en un mercante que hacía la ruta de Buenos Aires. Había desertado, y de un modo u otro atravesó media Sudamérica. Desde un puerto de Chile logró llegar a las Marquesas, donde pasó un semestre viviendo de la caridad de aquellos nativos, siempre dispuestos a ofrecer su hospitalidad a un hombre blanco; luego consiguió mediante ruegos un pasaje en una goleta que hacía escala en Tahití, de donde viajó a Xiamen en calidad de segundo de a bordo de una vieja bañera que llevaba mano de obra, sobre todo chinos, a las Islas de la Sociedad.

Aquello sucedió nueve años antes de que yo lo conociera. Después había vivido en China. Primero trabajó con la Compañía B. A. T., pero en tan solo dos años se le hizo monótono el trabajo. Como había adquirido ciertos conocimientos de lengua china, pasó a trabajar para una empresa que distribuía medicamentos patentados a todo lo largo y ancho del país. Por espacio de tres años vagabundé de provincia en provincia vendiendo píldoras. Al final, tenía ochocientos dólares ahorrados. De nuevo se dio a la deriva.

Comenzó entonces la más notoria de sus aventuras. Partió de Pekín y emprendió un viaje a través de todo el país, viajando disfrazado de pobre chino con su catre enrollado a la espalda, su pipa al estilo chino y su cepillo de dientes. Se alojó en posadas chinas, durmiendo en los *kangs* de madera, bajo los cuales se introducía un brasero, apretado con otros caminantes y comiendo comida china. No es esta una hazaña desdeñable. Se sirvió poco de los trenes; la mayor parte del viaje la hizo a pie, en carreta, por los ríos. Atravesó Shenxi y Shanxi, recorrió a pie las ventosas mesetas de Mongolia, arriesgó el pellejo en la barbarie del Turquestán; pasó largas semanas con los nómadas del desierto, viajó

con las caravanas que portan los adoquines de té prensado a través de la aridez del Gobi. Al final, cuatro años después, una vez gastado el último de sus dólares, llegó de nuevo a Pekín.

Se puso a buscar trabajo. La manera más sencilla de ganar dinero le pareció que era la de escribir, y el director de uno de los periódicos chinos en lengua inglesa le ofreció publicar una serie de artículos sobre sus viajes. Supongo que su única dificultad fue la de elegir entre sus abundantes peripecias. Conocía muchas cosas que tal vez fuese el único inglés en haber experimentado. Había visto toda suerte de cosas: pintorescas, impresionantes, terribles, divertidas e inesperadas. Escribió veinticuatro artículos. No diré que fueran ilegibles, pues eran muestra de una observación atenta y empática, pero todo lo había visto por así decir al azar y sin coherencia, de modo que los artículos tan solo eran material sin transformar en auténtico arte. Eran como el catálogo de los Almacenes del Ejército y la Marina, una mina para un hombre dotado de imaginación, aunque más fuesen el fundamento de la literatura que la literatura misma. Era como el naturalista de campo que colecciona con paciencia infinidad de especímenes, pero que no tiene el don de la generalización: seguían siendo especímenes a la espera de una síntesis que solo podría llevar a cabo una mente más compleja que la suya. No coleccionaba plantas ni animales: coleccionaba hombres. Su colección no tenía rival, pero sus conocimientos eran más bien magros.

Cuando lo conocí quise discernir de qué modo le había afectado la variedad de sus experiencias. Aunque rebosaba anécdotas, aunque era un ser jovial, amistoso, deseoso de charlar largo y tendido acerca de todo lo que había visto, no llegué a descubrir si alguna de sus aventuras le había tocado en lo más íntimo. El instinto requerido para llevar a cabo todas las excentricidades que vivió demostraba que tenía en efecto un ramalazo de excentricidad inculcable. Le irritaba la civilización, y su pasión era salirse de los cami-

nos trillados. Las rarezas de la vida le divertían. Tenía una curiosidad insaciable. Creo de todos modos que sus experiencias eran tan solo corporales, y que nunca se habían traducido en experiencias del alma. Tal vez por eso mismo se tenía en el fondo la sensación de que era vulgar, tópico. La insignificancia de su semblante era índice fiel de su alma insignificante. Tras la tapia encalada solo había una blancura igualmente inexpresiva.

Ciertamente era esa la razón de que con tanto por escribir escribiera de un modo tan tedioso, pues al escribir lo que más importa no es tanto la riqueza de los materiales, cuanto la riqueza de la personalidad que escribe.

5

El ministro del gabinete

Me recibió en una sala alargada, con ventanales que miraban a un jardín de arena.

Las rosas se marchitaban en los rosales atrofiados, y las ramas de los árboles grandes, viejos, pendían inertes, abandonadas. Me hizo sentar en un escabel cuadrado ante una mesa cuadrada, y tomó asiento frente a mí. Un criado trajo unas tazas de té con aroma a flores y unos cigarrillos americanos. Era un hombre delgado, de mediana estatura y manos flacas, elegantes. A través de sus gafas de montura dorada me miraba con ojos grandes, oscuros, melancólicos. Tenía cierto aire de estudiante o de soñador. Su sonrisa era dulcísima. Llevaba una bata de seda castaña y, por encima, una chaqueta corta de seda negra. Se tocaba con un sombrero muy parecido al bombín tradicional.

—¿No le parece extraño —dijo con su sonrisa encantadora— que nosotros los chinos vistamos esta bata porque hace trescientos años los manchúes eran jinetes?

—Pues no es tan extraño —repliqué— como el hecho de que, debido a que los ingleses ganaron la Batalla de Waterloo, su excelencia deba llevar un bombín.

—¿Le parece que esa es la razón de que lo lleve?